

EL ELEMENTO FEMENINO EN EL PRINCIPIO DE LA CRISTIANDAD

Yls Rabelo Camara^(*)

Yzy Maria Rabelo Câmara^(**)

Guilherme Linhares Neto^(***)

Melina Raja Soutullo^(****)

Resumen

En este artículo hacemos un breve recorrido de la historia de la mujer en los primeros años del Cristianismo. Para ello, primero delineamos la imagen de la mujer en el mundo clásico para, a continuación, mostrarla bajo la óptica cristiana. Es un momento en el que la Iglesia ya ha comenzado a regular las vidas de sus adeptos y discutimos sobre las primeras mártires, algunas de las cuales se convirtieron en las primeras santas católicas, cuyas vidas sirvieron de ejemplo para las primeras religiosas que entraron en la vida conventual.

Palabras clave: Cristianismo. Sexismo. Misoginia. Represión Sexual. Martirio.

Abstract

In this article, we make a brief outline of the history of woman in the first years of Christianity. Doing so, we firstly delineate the woman in the classical world and then present her under the Christian perspective. Once the Church had already begun to rule its followers' lives, we broach about the first martyrs, some of which became the first Catholic saints, and whose lives served as an example for the first clergy women who joined the convent life.

Keywords: Christianity. Sexism. Misogyny. Sexual Repression. Martyrdom.

1. LA SITUACIÓN GENERAL DE LA MUJER EN EL MUNDO CLÁSICO

^(*)Licenciada e Doutoranda em Letras pela USC - Universidad de Santiago de Compostela – Espanha. Email: ylscamara@hotmail.com.

^(**)Psicóloga, Mestre em Saúde Pública pela UFC - Universidade Federal do Ceará – Brasil.E-mail: zyrabelo@hotmail.com.

^(***)Sociólogo, Mestre em Sociologia pela UFC - Universidade Federal do Ceará – Brasil.E-mail: Guilherme.ln@uol.com.br.

^(****)Licenciada em Letras pela USC - Universidad de Santiago de Compostela – Espanha. E-mail: noaveiga@hotmail.com.

La idea que nos hacemos de cómo eran y cómo vivían las mujeres clásicas puede no ser de todo exacta ya que las descripciones de las que disponemos, que en su mayoría sólo hacen referencia a las élites, quedan fuera las mujeres del pueblo. Lo que sí es cierto es que los griegos y los romanos compartían una característica común: su cultura dividía el mundo *por* el género: todo era femenino o masculino, y lo masculino preponderaba sobre lo femenino.

Según Gómez-Acebo (2005), de manera general, lo público quedaba reservado a los varones y el mundo privado de la familia y de la casa a las mujeres. Aunque estuviera reducida a su hogar, la mujer tampoco tenía muchos derechos ni prerrogativas allí: en tierras griegas, las mujeres estaban limitadas a leer, escribir y componer poesías; en las familias acomodadas romanas no se ponía freno a la educación de las hijas antes del matrimonio, cuyo aspecto negativo era su pronta celebración, poco después de la pubertad, con lo cual la diferencia de educación con los varones se acentuaba. Además, para ambas culturas, la mujer debía de pertenecer a un hombre que la cuidara y protegiera: a su padre, su hermano, su marido o su hijo, ya que, y de acuerdo con Bechtel (2001), se consideraba la debilidad mental femenina (*imbecilitas mentis*) como una característica de su naturaleza.

En resumen: “se puede decir que ser madre era la finalidad primordial para la mujer, la única meta de su vida... Como madre, la mujer griega contaba con el respeto de su marido y de sus hijos, y el esposo la honraba como la progenitora que era de sus descendientes legítimos” (CASANOVA & LARUMBE, 2005, pp.173-174). Citando a Sarah B. Pomeroy (*apud* Gómez-Acebo, 2005, p. 32): para los griegos de aquel momento histórico la mujer vivía para su marido sin tener pensamientos propios y ocupándose principalmente de su matrimonio. La mujer debería soportar todos los aspectos negativos concernientes a su marido, ya estuviese enfermo, borracho o se dedicase a dormir con otras mujeres. Por otro lado, estas mujeres se volcaban sobre sus hijos, sobre todo si se trataba de hijos varones con quienes la relación era más estrecha que entre las madres y sus hijas. La explicación para esto reside en el hecho de que la ausencia de los maridos era frecuente y sus hijas se casaban jóvenes, por lo que las madres se quedaban más tiempo cerca de sus hijos varones, lo que aumentaba su prestigio ante los ojos de éstos. Los tiempos han cambiado pero, a día de hoy, la *imago materna* sigue tan presente en el seno de las familias europeas como antes.

De acuerdo con Markale (2001), los romanos en particular eran muy patriarcales, machistas y materialistas. A través de los romanos se transmitió el Cristianismo y, gracias a esta nueva religión, también se transmitieron nuevos problemas.

Según Carlos Amadeu B. Byington en la introducción del libro *Malleus Maleficarum* (Kramer & Sprenger, 1991), el dinamismo matriarcal era regido por el placer, por la sensualidad y por la fertilidad, por lo que se lo representaba frecuentemente mediante dioses y diosas que simbolizan la fuerza de la naturaleza mientras la estructura patriarcal era representada por el orden y polaridades opuestas. Contrariamente a la Diosa Madre permisiva y comprensiva, *Yahveh* es centralizador e inflexible en lo que se refiere a los errores humanos.

De acuerdo con Netto (2004): “O grande problema do Cristianismo é a exclusão da mulher e da mãe no triângulo da Santíssima Trindade” (NETTO, 2004, p. 20). La incipiente Iglesia contenía la semilla de la misoginia una vez que sus raíces se han insertado en la cultura judía, misógina por naturaleza. Lo femenino ya no tenía la más mínima cabida en la cosmovisión unilateral y unisexual de aquellos días. Se creía incluso que a la mujer se le añadía el alma mucho después que al hombre; y que la mujer y las bestias guardaran alguna similitud entre ellas a juzgar por los adjetivos con los que las calificaban los eclesiásticos: víboras, lobas, yeguas y tigresas (Bechtel, 2001).

2. LA MUJER BAJO EL PRISMA DE LA IGLESIA

Para dejar claro el concepto que tiene del otro sexo, San Agustín utilizó una vez más las viejas ideas del Génesis [...] Tres letras lo dicen todo, según estén combinadas en latín. La mujer es la pecadora Eva (*Eva*), que conduce a la vez a la magnífica Virgen madre María (*Ave*) y a la desgracia (*Vae*) (BECHTEL, 2001, p. 47).

La mujer, anteriormente considerada por los pueblos ancestrales paganos como un ser especial, divino y mágico (especialmente en el primero de los 72 libros de la Biblia, el Génesis), se transforma en la hacedora del pecado y la tentación del hombre. Rechazada por la nueva religión, a la mujer se le redujeron drásticamente los roles sociales, resumidos básicamente en los de madre y prostituta.

Al contrario de lo que creían los griegos, para la mujer cristiana ser madre ya no le suponía ningún beneficio. Se veía a la compañera del hombre como un mal necesario, ya que al hombre no le convenía satisfacerse con animales u otros hombres. Según la leyenda, Eva es creada a partir de una costilla curva, lo que *per se* refleja su carácter retorcido. Se puede decir que el capítulo 3 del Génesis es uno de los mayores responsables de la misoginia que la Iglesia defiende ya que asocia la mujer con el pecado en forma de serpiente, muchas veces representada con senos y con rostro femenino. En esta misma línea, el teólogo lionés Benedicti compuso el siguiente acróstico en el siglo XVI demostrando claramente su poco aprecio hacia las mujeres:

«M: Mal

V: Vanidad de vanidades

L: Lujuria

I: Ira, la cólera tan femenina

E: Erinias, las diosas de la venganza

R: Ruina de las ruinas, a la que siempre conducen»

La prostitución fue relativamente tolerada por la Iglesia, pero a partir del siglo XIII se empezó a considerar por igual a todos los que supuestamente eran enemigos de la cristiandad además de las prostitutas: herejes, intelectuales, brujos, enfermos, humanistas y alcahuetas (Bechtel, 2001). Los baños públicos que fueron cerrados gradualmente y, con el paso del tiempo y la aparición de enfermedades venéreas como la sífilis, la Iglesia no tuvo demasiada oposición para intervenir de manera más rigurosa. Hasta mitad del siglo XVI, la Iglesia fue más reglamentarista que abolicionista con la conocida como “la profesión más antigua del mundo”, a la que controlaba más que la prohibía. Lo que no se aceptaba, bajo ningún concepto, era la prostitución de menores. Resulta paradójico, sin embargo, que el Cristianismo fuese bastante tolerante con la prostitución pero no con los profesionales del oficio, que en su mayoría eran mujeres, las transmisoras del pecado.

El matrimonio había sido poco apreciado hasta el siglo V, cuando comienza a ser considerado como el único medio aceptado a través del cual se podía aplacar el deseo sexual. Según San Agustín (354-430), el sexo marital era considerado un pecado tolerable y venial aunque siempre un pecado, pero si el sexo era practicado fuera del matrimonio se convertiría en un pecado capital. No sería hasta diez siglos después, con la Iglesia ya

asentada y establecida, cuando el matrimonio se convertiría en un sacramento; y hasta 1536 cuando se requiere presencia sacerdotal para bendecir la unión en nombre de Dios.

Continuando con San Agustín, sabemos que el matrimonio quedaba justificado por tres funciones principales: *proles*, *fides* y *sacramentum*. Curiosamente, este Santo de joven tuvo una vida sexualmente bastante movida e incluso vivió en pareja. Sus *Confesiones* dan cuenta de su libertinaje, donde “experimentaba mortales delicias” antes de entrar en la vida monástica. En su doctrina, al marido se le prohíbe que se enamore y que ame a su mujer excepto en el caso de que se trate de caridad: “se puede copular moderadamente con ella. Hacerla madre, serle fiel, pero nada más. Sobre todo, nada de amor”. San Gerónimo, un contemporáneo de San Agustín, decía que el amor era “un olvido de la razón, casi una locura, un vicio repugnante muy poco apropiado para un espíritu santo” (BECHTEL, 2001, pp. 45-46).

Amar o estar enamorado era la desgracia que todo hombre sabio debería evitar. Algunos consejos paulinos como “si vivís de la carne, moriréis” han sido lugar común en el inconsciente colectivo desde entonces y desalentaban a aquellos que lo querían intentar. De acuerdo con Bechtel (2001, pp. 89): “la carne (*caro*), que no era nada vergonzosa en los primeros tiempos del Judeo-Cristianismo (Adán y Eva no eran nada más que una “sola carne”, Jesús se encarnó y se “hizo carne”), se convierte en una vergüenza a partir de San Pablo y lo sigue siendo al menos hasta el siglo XII”. Pese a que se hizo todo un esfuerzo para lograr santificar la institución del matrimonio, se seguía admirando la virginidad como la representación de la perfección absoluta.

3. LA IGLESIA Y EL CONTROL DE LA SEXUALIDAD DE SUS ADEPTOS

La Iglesia ejercía un control absoluto sobre la vida matrimonial de sus adeptos y prohibía las relaciones sexuales en las fiestas religiosas y en los momentos de ayuno o cuando la esposa estuviera menstruando, embarazada o amamantando. Según Bechtel (2001), la pérdida de sangre mensual de la mujer se consideraba un desfilparro y debía ser la manifestación de algún tipo de maldición, ya que se creía que la sangre menstrual formaba la materia del embrión. Se prohibían las relaciones sexuales entre los esposos durante la menstruación con el fin de evitar, entre otras desgracias, que se engendraran hijos pelirrojos, leprosos, epilépticos o demoníacos. Además, se creía que la mujer podía ser venenosa, que la sangre malsana y vergonzosa que escapaba cada

mes por sus partes íntimas podía estropear lo que ella tocara, ya fuera comida, bebida, una planta, un animal u otra persona. Esa sangre se consideraba la marca de su perfidia:

[...] lo más repugnante de los repugnantes cuerpos de las mujeres era la sangre menstrual. [...] La menstruación era una ‘lacr’a, una ‘dolencia o enfermedad mensual’, e incluso cuando se le daba el poético nombre de ‘las flores’, se refería al flujo como a un excremento, un ‘flujo de sangre excrementicia e inaprovechable’, una impureza de olor repugnante. Entendían que el flujo era una prueba de la inferioridad del cuerpo de las mujeres respecto al de los hombres: éstos utilizaban toda su sangre, mientras que las mujeres tenían un exceso. [...] El objeto más asqueroso que una persona podía nombrar era ‘un paño menstrual’. Detrás de toda esta repugnancia por una función natural del cuerpo femenino, se escondía el miedo a su poder. Se creía que la sangre menstrual tenía efectos mágicos, que podía hechizar a un amante, servir de afrodisiaco y contribuir a la concepción; uno de los mayores miedos era que el coito durante la menstruación matara al hombre. Éste es otro ejemplo claro de la posición sin escapatoria de la mujer: eran inferiores, pero peligrosas; repugnantes, pero poderosas, y su cuerpo era lo que las hacía así (BARSTOW, 1991, pp. 176-177).

De acuerdo con Bechtel (2001), la Iglesia limitaba, a tres o cuatro días al mes, el tiempo en el que realizar la práctica sexual entre los esposos. Sin embargo, nuestros antepasados solían copular casi todos los días, respetando normalmente el viernes y el domingo, así como los días festivos y las indisposiciones fisiológicas de la mujer. Curiosamente, la Iglesia se implicaba también en establecer las posturas sexuales ideales. La posición conocida como *misionero* era la más recomendable por facilitar la concepción; otras más osadas y creativas eran tajantemente condenadas basándose en justificaciones fisiológicas y anatómicas sospechosas. Como se creía que el esperma era como una gota del cerebro, no se podría desperdiciar tal regalo divino por pura diversión, de ahí que la masturbación masculina y el *coitus interruptus* estuvieran condenados. Igualmente lo estaban los besos sensuales y los actos preliminares, que se consideraban totalmente prescindibles.

Con el propósito de minimizar en la medida de lo posible el contacto carnal entre el marido y su esposa para que el coito fuera interpretado como una comunión espiritual, Bernardino de Siena inventó la “camisa conyugal para hacer un cristiano” (Bechtel, 2001). El acto sexual sólo estaba permitido a los esposos que lo practicasen sin la intención de obtener placer, sin ningún tipo de contracepción, sin traicionar en pensamiento a la persona con quien se copulaba, en la oscuridad y en el lecho nupcial. Una práctica vista como limpia, moderada y sin amor.

Aun así, el matrimonio no ofrecía ninguna garantía de seguridad para la mujer ya que, una vez viuda, no le correspondía ninguna herencia. Para garantizar su lugar en la familia, se le exigía que fuera madre de hijos varones. En el caso de que fuera madre de hijas o si no tuviera hijos ni hijas, debía buscar un convento, tal como lo afirma Carneiro (2006).

4. EL VALOR Y EL DOLOR DE LAS PRIMERAS CRISTIANAS

Partiendo de la decisión de confesar su fe como una manifestación pública de su voluntad, independientemente de los deseos de sus familiares más directos, padres o esposos, las mártires repiten “Soy cristiana”, “Quiero ser lo que soy”. [...] El ejercicio de protesta rompía también con los moldes tradicionales en los que ellas estaban inmersas: matrimonio, cuidado de los hijos, sumisión al marido y ausencia de vida pública y de iniciativa que traspasaran el umbral del hogar. [...] Las mártires ejercían su derecho a ser autónomas, negándose a cumplir actividades contrarias a su fe, confesándose cristianas y anonadando sus obligaciones terrenas. [...] En muchos casos las madres son felices de compartir con sus hijos el martirio como el destino óptimo para ellos (GÓMEZ-ACEBO, 2005, pp. 190, 192-193).

El discurso misógino de San Pedro, influenciado por el pensamiento sexista y frecuentemente homosexual del mundo grecorromano, contribuyó a la consideración de la mujer como un ser frágil, física y anímicamente inferior al hombre, sumisa y mentalmente debilitada. Aún así, de estos seres menospreciados surgieron mártires valerosas como Tecla, Vibia Perpétua, Crispina, Blandina y Felicidad. Las cuatro últimas, con su ejemplo, animaron a sus compañeros de martirio a que siguieran firmes en su fe y no temieran su destino (Gómez-Acebo, 2005).

Tecla fue una seguidora directa de San Pablo, por quien renunció a su prometido Tamyris, su madre Teocleia y su cómoda vida. Sufrió cuatro martirios de los que salió incólume: fue lanzada a un foso con reptiles venenosos que la respetaron; se la ató a dos bueyes para despedazarla pero éstos perdieron su fuerza; la colocaron sobre una pira para quemarla viva pero el fuego se apartó y quemó a sus verdugos y, finalmente, fue lanzada a los leones, que lamieron y sanaron sus heridas. Después de propagar la Palabra, Santa Tecla se decidió por vivir en una cueva como anacoreta hasta el fin de sus días.

Vibia Perpétua, una rica y culta matrona, tuvo cuatro revelaciones augurando su destino fatal mientras esperaba por su martirio en Cartago entre los años 202 ó 203 d.C. Las relató en un diario en una cárcel sucia e insalubre donde se hallaban otros cristianos que morirían como ella en la arena. Sus relatos son parte de la literatura de la época que da testimonio de los sufrimientos por los que pasaban los fieles cristianos que defendían su fe con la propia vida: las Actas de los Mártires, las Pasiones o *Martyria* y las Leyendas de Mártires¹. Su contribución, en forma de diario, constituye el ejemplo más antiguo de la literatura cristiana escrita por mujeres, y en él se relatan las fases por las que su ánimo fue pasando: las primeras impresiones acerca de la cárcel, el dolor por no poder amamantar ni ver a su hijo pequeño, las cuatro visiones que tuvo y su gran expectativa de encontrarse con Dios.

Gómez-Acebo (2005) argumenta la posibilidad de que la mayor parte de la hagiografía conservada sean recreaciones posteriores a Constantino, probablemente redactadas para estimular la piedad y aumentar la fe de los seguidores de Cristo. Las Actas y Pasiones se difundieron rápidamente entre las comunidades de cristianos y eran leídas ávidamente. El impacto del martirio era enorme sobre aquellos que profesaban la nueva fe y no cabe duda que las *Actas* sirvieron también para desarrollar, a su vez, el culto a los mártires (Sotomayor e Fernández, 2005).

Aunque hubieran participado activamente en las primeras comunidades cristianas, las mujeres nunca superaron a los hombres en su papel de líderes; en cambio, las mártires desempeñaron papeles de liderazgo sobre sus compañeros de confinamiento y martirio. El protagonismo de estas primeras cristianas se ve reflejado en su participación y en la importancia de los roles sociales por ellas desempeñados, lo que sirvió de consuelo e incentivo para los otros fieles que, como ellas, iban a morir en la arena:

Como hijas, esposas y madres, poseían unos sentimientos totalmente humanos de cariño, respeto y amor, pero prefirieron anteponer a ellos sus creencias religiosas y su salvación eterna. Ni los seres queridos, ni las torturas, ni el dolor fueron capaces de disuadirlas de su decisión. El testimonio de esas mujeres valientes, excepcionales en el más amplio sentido del término, constituyó un testimonio único para los fieles de los siglos

¹ El término Actas deriva del intento, real o ficticio, de presentarse como la transcripción fiel de los procesos judiciales a que eran sometidos algunos cristianos ante los tribunales de las autoridades romanas. [...] Las denominadas Pasiones, o Gesta, o también *Martyria* en griego, son narraciones de las torturas y muertes sufridas por algunos mártires, redactadas por testigos oculares o por personas con información de primera mano (SOTOMAYOR & FERNÁNDEZ, 2005, p. 303).

posteriores, que escuchaban la lectura de sus martirios en las celebraciones litúrgicas (GÓMEZ-ACEBO, 2005, p. 205).

El dolor, las lágrimas, la sangre y la fe de estas mujeres intrépidas, sumados a su muerte cruel y temprana, les aseguró la santidad.

5. LAS PRIMERAS SANTAS CATÓLICAS

En líneas generales, la Biblia carece de referencias a santas. Según Bechtel (2001, p. 201): “[...] no hubo ninguna santa en los primeros tiempos del Cristianismo por la sencilla razón de que ninguna mujer podía en aquel momento recibir un *status* de privilegio”. Al principio, a María de Nazaret tampoco se la mencionaba de esta manera porque sólo la consideraban la madre de Jesús, nada más. A la larga, por una necesidad política más que religiosa, a María se la fue paulatinamente posicionando en un lugar más destacado en el panteón cristiano con la creación de los dogmas que justificaron su culto y su imagen rectificadas y esterilizadas.

Según Bechtel (2001), las primeras santas eran mujeres dulces y generosas (muchas de ellas vírgenes) que sabían morir sin quejarse. A menudo se trataban de mujeres bien nacidas e instruidas que abandonaban todo su entorno para seguir un ideal. Algunos de los ejemplos más emblemáticos de estas mártires son, a saber: Santa Apolonia (la patrona de los dentistas, que perdió todos los dientes debido a los azotes que recibió en su martirio y, desnuda y con los senos extirpados, se tiró a las brasas), Santa Radegonda (hija del rey de Turingia, casada con Clotario I, con quien nunca tuvo relaciones sexuales; carbonizaba sus carnes al introducirse en la vagina un gran tampón metálico al rojo vivo con la efigie de Cristo) y Santa Catalina de Siena (la patrona de Italia, que nació en una familia de veinticinco hijos. Atormentada por visiones de demonios desde los siete años vivió a base de verduras y pan hasta los veinticinco años, cuando se negó a tomar nada que no fuera el pus de los enfermos).

Bechtel (2001) apunta la polémica que se hizo corriente a finales del siglo XII y principios del XIII en el norte europeo, cuando un cierto número de mujeres empezó a confesar que mantenía una estrecha y directa relación con el hijo de Dios; una pasión ardiente, claramente carnal e incontrolable por el hombre, Jesús. Llegaron al punto de afirmar que eran las prometidas de Cristo (*la mística esponsal*), que estaban

enamoradas de él y afirmaban tener estigmas (un fenómeno típicamente femenino y clasificado posteriormente como posible fruto de la autosugestión o la somatización de probable histeria). Tal era el clima de erotismo que incluso afirmaban comérselo. Santa Mechtilde de Magdeburgo (1208-1297) afirmaba que era su “esposa adulta”, que se arrojaba “desnuda a los brazos de Dios” y que éste, a su vez, la “abrazaba totalmente”, la llamaba “mi almohada, mi lecho de amor” y la amaba “con toda su potencia”. Cristina de Maryate (1095-1155) describió sin pudor sus relaciones sexuales con Jesús, así como lo habían hecho también Angela de Foligno (1249-1309), “la más enamorada de todas las santas”; Hadewijch de Amberes (? – 1260) y Margery Kempe (1373-1438).

Entre todas las santas, merece ser destacada una de las más conocidas y queridas por los católicos y patrona de España: la santa de Ávila, Santa Teresa de Jesús. En sus experiencias de amor con lo superior, demostraba trazos de puro masoquismo: a veces se sentía traspasada por una espada ardiente que juzgaba ser el mismísimo miembro viril divino, hiriéndola de forma placentera y cuya llaga sólo podría ser curada por él. El médico y psicoanalista Jacques Lacan (1901-1981) juzgaba que la santa sentía auténticos orgasmos cuando tenía estas experiencias (Bechtel, 2001).

Tal comportamiento provocó el rechazo de los eclesiásticos, por lo que a estas mujeres se les prohibió comulgar con demasiada frecuencia a fin de evitar el delirio que la eucaristía provocaba. De acuerdo con Bechtel (2001, p. 207): “Cuando una mujer de aquel tiempo hablaba, la Iglesia hacía cualquier cosa por controlar, esterilizar su palabra y, si era posible, apoderarse de ella, lo cual, teniendo en cuenta que poseía el monopolio casi completo de los medios de cultura y difusión antes de inventarse la imprenta, resultaba muy eficaz”. Esto fue lo que les pasó a Hildegarda de Bingen (1098-1179), Clara de Assis (1193-1253), Maria Colonna (1255-1284), Catalina de Siena (1347-1380), Catalina de Génova (1447-1510), Teresa de Lisieux (1872-1897), las beatas Caterina de Racconigi (1486-1547) y Margarita María Alacoque (1647-1690?).

Muchas de estas santas vivieron parte de sus vidas encerradas en conventos, donde sufrían privaciones y vejaciones constantes que las prepararían para la entrada en el Reino de los Cielos.

6. LA VIDA CONVENTUAL DE LAS MUJERES EN LA EDAD MEDIA

Era costumbre medieval que las familias pudientes ofrecieran un hijo o una hija a la Iglesia aunque éste aún no hubiera nacido. A la par, la Iglesia recibía también una dote por este muchacho o muchacha que se incorporaba a la vida conventual. Debido a las numerosas ofertas, la Iglesia era a su vez bastante exigente en cuanto a las mujeres: las hijas sin padre, las minusválidas y las enfermas eran rechazadas. Sin embargo, a los hombres no se les pedía nada semejante: todos eran bienvenidos (Bechtel, 2001).

De acuerdo con este autor, el voto de pobreza era llevado muy en serio, así que en la vida de clausura no se admitía la coquetería, por lo que las jóvenes llevaban un hábito a veces bastante desgastado y que tenía que ser constantemente zurcido, con muy poca o incluso sin ropa interior. Vivían en celdas muy sencillas que contenían solamente una cama, una mesa, una silla y un crucifijo. La calefacción era escasa, las mantas eran demasiado delgadas y, además del frío extremo, a las religiosas las obligaban a lavarse lo menos posible y en el menor tiempo posible para no darles ocasión de disfrutar de sus cuerpos mientras lo hacían. En algún convento parisino, por ejemplo, en lo que se refiere a la higiene, con sacudirse la camisa las novicias ya se daban por satisfechas. Además, aunque la cara fuera lavada cada día y los pies dos veces al año, algunas partes no eran siquiera aireadas. Muchos siglos después del Medievo, esto se mantiene: el obispo Yves de Chartres escribió a las monjas de Saint-Avit-en-Dunois, en 1901, que “a la virgen de Cristo le conviene sobretodo la humildad de corazón, un rostro pálido, marchito y demarcado, una piel rayada por el cilicio y no alimentada con baños frecuentes” (BECHTEL, 2001, p. 249).

Bechtel (2001) asevera que la religiosa debía hablar poco y en un tono de voz bajo. Su labor diaria se extendía a lo largo de casi dieciséis horas, desde las 5 de la mañana hasta las 8 de la noche cuando volvía a su celda. Según el precepto “*ora et labora*”, a las 2 de la mañana se despertaba debido a los *maitines*, y el número de oficios variaba de acuerdo con las congregaciones. Nada más levantarse, solía correr a los *laudes*, a los *prima*, *tercia* y *sexta* por la mañana; la *nona* y luego las *vísperas* a las 3 de la tarde, además de las *completas* al terminar su jornada.

Hasta el siglo XIX, a la Iglesia no le interesaba que las religiosas fueran atraídas por temas seculares, así que su aprendizaje se resumía a los conocimientos

básicos: debían leer una hora al día, escribir durante media hora, cantar (solamente en grupo) y estudiar algo de latín para leer el misal y los extractos de los evangelios. No estudiaban nada de doctrina católica ni de teología, ya que estaban destinadas a los religiosos; sólo se les impartían clases de lecciones de moral y se incentivaba la lectura hagiográfica. Las bibliotecas de los conventos masculinos, al contrario, contaban con tratados de Historia, Astronomía, Matemáticas, Agricultura y ciencias en general además de lo propiamente religioso (Bechtel, 2001).

En lo que se refiere a la alimentación, la de las religiosas medievales era, al mismo tiempo, escasa, frugal y cocinada de manera sencilla. La mayoría, cuando no ayunaba, se alimentaba a base de frutas y verduras y debía recordar mientras comían la hiel y el vinagre dados a Jesús. Después de las dos comidas diarias, se les permitía a las jóvenes pasear por el jardín o el claustro durante media hora pero sin correr, jugar, saltar o gritar, sí a paso lento y con la cabeza gacha. Si querían charlar lo tenían que hacer siempre en voz baja y en grupos de más de dos. La amistad y las caricias eran controladas y estrictamente vigiladas (Bechtel, 2001).

Estaba prohibida cualquier clase de divertimento y se les aconsejaba que cuando se tumbaran en la cama por la noche, antes de conciliar el sueño, se imaginaran que estarían así tendidas en su tumba algún día. Para algunas de estas monjas el resultado de tanta represión y prohibiciones fue la depresión y un sin fin de enfermedades mentales. No podían disfrutar de las sensaciones ofrecidas por los cinco sentidos y tenían que someterse a la jerarquía del convento, lo que suponía humillaciones como confesar sus pecados cada semana delante de todas las demás. Además también había sanciones relacionadas con estas confesiones, como podían ser ayunos severos, prosternaciones, latigazos y la reclusión en el calabozo durante meses o años.

En el convento se intentaba anular la personalidad de las religiosas para convertirlas en simples siervas de Dios, lo que provocó violentas aunque esporádicas rebeliones. La vida secular posterior al convento, además de significar un fracaso para la familia de la monja expulsada o que lo hubiera abandonado, representaba para la misma monja un desafío ya que había sido preparada para una vida muy distinta. Una forma muy común de abandonar el convento provisionalmente era fingiendo estar poseída por el Diablo. De esta manera podían salir y exhibirse en lugares públicos, hablar, pronunciarse, incluso eructar... en resumen: vivir. Haciendo esto, luchaban para

destruir la no existencia a la cual habían sido condenadas, romper el silencio cómplice que las amordazaba y sacudirse la opresión a la que la Iglesia las había sometido (Bechtel, 2001).

Con todo, pese a la vida espartana que llevaron las religiosas encerradas entre los gruesos muros de los conventos medievales, el ejemplo dejado por las primeras cristianas, que pagaron con la propia vida por su elección, les sirvió de aliento, incentivo y ejemplo.

CONCLUSIONES

Como conclusión, constatamos la fuerza anímica de las primeras cristianas que las llevó a entregar sus vidas al sacrificio de morir bajo martirios o de vivir en clausura. ¿Hasta qué punto se considera la importancia de estas mujeres en el incipiente Cristianismo? Ésta es una pregunta que esperamos desarrollar en futuros trabajos, puesto que éste es un tema apasionante y rico en el cual el investigador puede beber de nuestras más genuinas fuentes históricas.

Esperamos, con el presente trabajo, aportar nuestra humilde colaboración para poder entender un poco más la historia de las mujeres en la época del surgimiento de la nueva religión. Esperamos, al estudiar la mujer bajo la perspectiva de las consecuencias de su fe profesada, poder comprenderla mejor para poder seguir contribuyendo con la comunidad académica que se dedica a los estudios de género.

Referências

BARSTOW, Anne Lewellyn. *La caza de brujas*. Historia de um holocausto. Girona: Tikal, 1991.

BEAUVOIR, Simone de. *O segundo sexo*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1949.

BECHTEL, Guy. *Las cuatro mujeres de Dios – La puta, la bruja, la santa y la tonta*. Barcelona: Ediciones B. S. A., 2001.

BERGAMO, Maysa. O feminino na Antiguidade. *Revista Interdisciplinar*. p. 1-16. 2009.

BURCKHARDT, Jacob. *Del paganismo al Cristianismo – La época de Constantino el*

Grande.México, D. F.: Fondo de Cultura Econômica, 1945.

CARNEIRO, Cristina Helena. 2006. *Bruxas e feiticeiras em novelas de cavalaria do ciclo Arturiano: Reverso da Figura Feminina?* Dissertação de Mestrado. Maringá. 2006.

CASANOVA, Eudaldo & LARUMBE, Maria Ángeles. *La serpiente vencida – Sobre los Orígenes de la misoginia en lo sobrenatural*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza., 2005.

CASHDAN, Sheldon. *La bruja debe morir*. De qué modo los cuentos de hadas influyen en los niños. Madrid: Debate, 2000.

CORNUT-GENTILLE, d'Arcy. Wicked witches were invented by frightened men. *Cuadernos de Filología Inglesa* 7.1 p. 5-16, 1998.

CRESCENZO, Luciano. D. *Las mujeres son diferentes – El Universo femenino de la Antigüedad contado por un hombre de hoy*. Barcelona: Grupo Editorial Random House Mondadori, 2002.

CUMONT, Franz. *Las religiones orientales y el paganismo romano*. Madrid: Akal, 1987.

FERREIRA, M.L.R. et al. *As teias que as mulheres tecem – Forum de Idéias*. Lisboa: Colibri, 2003.

FERRY, Luc & JERPHAGNON, Lucien. *La tentación del Cristianismo – de secta a civilización*. Madrid: Espasa Libros, S.L.U., 2010.

GÓMEZ-Acebo, I. *La mujer en los orígenes del Cristianismo*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer, 2005.

GRIMAL, P. et al. *Historia mundial de la mujer*. v. 2. México, D. F.: Grijalbo, 1973.

JOHNSON, Robert A. *She – A chave do entendimento da psicologia feminina*. São Paulo: Mercury, 1921.

KRAMER, Heinrich; SPRENGER, James. *O martelo das feiticeiras*. Rio de Janeiro: Rosa dos Tempos, 1991.

LABARGE, Margaret W. *La mujer en la edad media*. Madrid: Nerea, 1986.

LAMAS, Maria. *Mitologia geral – Mitologias Germânica, Eslava, Báltica, Ugro-Finlandesa, Celta, Ibérica, Persa, Indiana, Budista, Chinesa e Japonesa*. v. II. 4. ed. Lisboa: Estampa, 2000.

LANGER, Johnni & CAMPOS, Luciana de. The wicker man: reflexões sobre a wicca e o neopaganismo. *Revista de História e Estudos Culturais*. v. 4. Ano IV. n. 2. p. 1-21, 2007.

LEVACK, Brian. P. *A caça às bruxas na Europa Moderna*. Rio de Janeiro: Campus, 1988.

MURARO, Rose M. & BOFF, Leonardo. *Femenino y Masculino – una nueva conciencia para el encuentro de las diferencias*. Colección Estructuras y Procesos –Serie Religión. Madrid: Trotta, 2004.

NETTO, Geraldino Alves Ferreira. A mulher e o monoteísmo. En *Pulsional – Revista de Psicoanálise*. n. 178. Ano XVII. p. 15-28, 2004.

NEUMANN, Erich. *O medo do feminino e outros ensaios sobre a psicologia feminina*. São Paulo: Paulus, 2000.

SCHWARTZ, Marco. *El sexo en la Biblia*. Barcelona: Belacqva, 2008.

SNODGRASS, Mary Ellen. *Encyclopedia of feminine Literature*. New York: Facts on File, Inc., 2006.

TORRES, Christian Thomas. Conceptos generales para aproximarnos a la comprensión del tema de la sexualidad femenina. *Rev. Obst. Ginecol. – Hosp. Santiago Oriente Dr. Luis Tisné Bousse*. v. 5 (2). p. 116-120, 2010.

